Los picos de Europa

El sol no quiere desairar nuestro viaje, y aparece en su oriente trepando una montaña que se recorta bajo el cielo. Tres ó cuatro nubecillas que andan por él, sueltas, calavereando sin duda, se tiñen de rojo al ver al fecundador de la tierra; y éste, pasando por entre ellas desdeñosamente, sigue su camino hacia arriba, siempre hacia arriba, desplegando sobre lo azul su espléndido rayonaje de oro.

Ante mis pupilas, aún medio veladas por el sueño, ofrece la ría de Unquera el desfile voluptuoso de sus ondas turquí. Tiembla el agua á los besos del sol; espónjanse en ella ánades y patos; los pájaros celebran concurso de trinos en los árboles ribereños. Carretas de chirriante rodar bajan, al pezuñeo cansino de los bueyes, las cuestas que á la sierra conducen; puntas de ganado vacuno pacen en la pradera; cerdos de blanquísima piel meten sus hocicos bermejos en el barro, y las gallinas picotean á este lado y al otro, se-

guidas por los gallos que las vigilan con sus ojos de lumbre. Allá lejos, muy lejos, contra las peñas, se deshacen las olas.

Hermoso prólogo á nuestra excursión es el paisaje ofrecido á mis ojos por el valle de Unquera. Más hermoso resulta cuando, avisadas por el cascabeleo de los coches, bajan las muchachas, las que van á ser mis compañeras de camino, á la calle.

Frescas, alegres, sonrientes, luciendo al sol sus cabelleras azabachinas y castañas y rubias; reflejando la alegría en sus ojos de verdes ó de negros ó de azules colores y sonriendo con placentero sonreir, forman un grupo encantador. Parecen juntas, apiñadas, ceñidos los gentiles bustos por blusas blancas, celestes, lilas, rojas, un ramo de flores humanas, hecho por la Naturaleza para regalárselo al día que acaba de nacer.

Hasta Panes desliza el Deva su corriente por riberas de frondoso verdor. Verdes son las montañuelas que bajan á besar las ondas del río; melancólico y dulce el paisaje, salpicado con caserías, con huertas, con plantaciones de maíz. A la paz de un vivir tranquilo invita el panorama. Todo es en él monótono, uniforme, igual. Hecho está para cuna y morada de esas criaturas vulgares que sienten pasiones incoloras y se asustan de las luchas y tiemblan frente á los sacrificios y retroceden ante los menores obstáculos.

En Panes el paisaje cambia bruscamente; las montañuelas verdes se transforman en moles adustas, de sombrío color, de tajante y áspero dibujo. Hecha parece la vegetación con ramas de cobre sin pulir, y no de la tierra, blanda y amorosa engendradora de raíces, no de los surcos, regados por la mano del hombre, brotan plantas y árboles; en la roca viva, en las negruzcas hendiduras de la montaña tienen su matriz, y de ellas arrancan para erguirse sobre alturas desafiadoras y balancearse á impulsos de un aire, siempre dispuesto á ser huracán. Los valles se vuelven abismos; las pendientes, horribles cortaduras; el Deva ya no es río tranquilo, que por entre hierbas se desliza; torrente espumoso es, que de lo alto se precipita y entre rocas salta y en inexploradas simas se pierde.

La Montaña es dueña de todo; los pueblecillos, las viviendas humanas, aparecen en ella como granulaciones tímidas, que apenas manchan su monstruosa piel de granito; las torrenteras, ahora secas, se rellenan con pedruscos color ceniza; parecen ellos, suspendidos sobre los abismos en revuelto montón, olas petrificadas, olas de un mar enorme, que el parapeto de la montaña oculta á los ojos. Esta, la montaña, despotiza el paisaje, y á regañadientes deja hueco á la carretera, que es, entre los fieros murallones, cinta gris casi imperceptible; en algunos sitios, las rocas parecen cortar el camino, cerrar los Picos de Europa

al paso del viajero, cerrárselo por el frente, por los costados, por la espalda, emparedarlo en un *in pace* gigantesco. El cielo mismo se hace á las veces invisible; tanto los desfiladeros se angostan y se elevan. No horas, minutos tiene el sol en tales parajes para gozar de la montaña. Sólo cuando llega a su meridiano la posee; después la montaña se cierra con altanería á sus caricias; gracias á que, como hembra, es coqueta y es vanidosa, y abre en el rocaje boquetes, ventanas ciclópeas, por donde el sol puede mirarla unos segundos cuando empieza á nacer y cuando va á morir.

Asomado á una de aquellas ciclópeas ventanas le contemplamos en nuestra ascensión á los Picos. Su caraza de lumbre escudriñaba los rincones de la montaña con amante curiosidad, y un rayo de su luz, un su beso enviado á distancia, cayendo sobre las espumas alzadas por el río al chocar en las peñas, dibujaba en el espacio los colores del iris.

¡Trágica visión la que ofrece á cada revuelta, á cada recodo del camino, el viaje ascensional á los Picos de Europa!

A las ansias de un vivir grandioso y terrible invita el bárbaro paisaje. Todo es en él rudo, desigual, imponente. Hecho se halla para morada y cuna de excepcionales criaturas, de las que sienten pasiones hondas y terribles, de las que viven en la lucha y para la lucha, de las que no tiemblan ni ante el dolor

ni ante el sacrificio, de las que cuando tropiezan un obstáculo lo embisten frente á frente, hasta que el obstáculo cae ó el obstáculo las aplasta.

Y así siempre, desde Panes hasta la Hermida, desde la Hermida á Bejes, desde Bejes hasta los hornos de fundición, en que los mineros de la sierra se cuecen con el mineral; desde los hornos de fundición hasta las altas minas, en cuyo fondo trabajan los mineros á la lumbre de sus candiles, con los brazos en trajín perpetuo para mover los picos y con las piernas metidas en barro polar hasta las corvas.

Tan próximos al cielo como se hallan los Picos de Europa, lógico parecía que en ellos solamente existiesen majestad y grandeza; que las maldades y los egoísmos humanos no llegasen hasta ellos; y que, así como la nieve brilla inmaculada en sus cumbres, tuvieran templo inmaculado en sus cumbres también, la justicia y la fraternidad y el amor.

¡Sueños de poeta!... Los egoísmos y las maldades humanas á todas partes llegan, en todas partes dejan sentir sus crueles efectos. Allá, en las cimas de los Picos de Europa, donde el cielo casi se toca con la mano, hay explotadores que se enriquecen con el trabajo ajeno; hay hombres, hay mujeres, hay niños, hay criaturas infelices, que por un jornal de tres pesetas trabajan de sol sol, sumidos en la sombra, chapoteando sobre un agua que es hielo y hundiéndose hasta

las rodilas en un cieno arcilloso, que tiene frialdades de muerte.

No para bendecir á Dios alcé los ojos al cielo cuando me ví en la más alta cima de los Picos de Europa; para maldecir el egoísmo de los hombres los bajé hacia las minas, hormigueantes de trabajadores y chorreantes de humedad; hacia la fundición, coronada por un humo denso y negruzco; era aquel humo como la respiración condensada de los obreros que junto á los hornos se asfixian. Allí, en aquella cumbre que domina el martirio de las pobres bestias del trabajo, han puesto los explotadores un corazón de Jesús, esculpido en bronce. ¡Pobre Jesús, cómo te maltratan y te envilecen!...

Santander y Asturias se despliegan ante mis ojos desde el sitio casi inaccesible que huellan mis pies. Manadas de pueblos se suceden de montaña en montaña; picos de salvaje estructura se erizan á esta parte y á la otra, coronados por monteras de nieve; saltan los torrentes con tremendo rugir; los montes son manchas verdosas en la lejanía; los valles, jardincillos; el mar, una línea azul sobre la que flotan vahos color rosa.

A mis ojos una inmensidad se descubre; á mis pies cae el pico á plomo, como separado de la cordillera por una hacha herculiana; un abismo de dos mil seiscientos metros de hondura abre sus fauces ante mí.

Estoy solo, solo, con las pupilas clavadas en el abismo negro; Al mirarme así, envuelto por un impermeable que casi me llega hasta los pies, afeitado el rostro, el alma y el pensamiento llenos por imágenes de mi existencia, creo que soy Don Alvaro, el infortunado amador, el juguete trágico del destino, el que creyendo vencer sus pasiones y sus tormentos con el retiro y con la soledad, no pudo lograrlo, porque pasiones y tormentos volvieron á buscarle y á herirle y á desgarrarle fibra por fibra las entrañas.

Creo eso, pienso eso, y siento el vértigo de las alturas, el deseo de imitar al trágico personaje de Saavedra, de arrojarme como él de cabeza en la horrenda abertura. Allí nadie pondrá epitaficios sobre mis restos; nadie vendrá á escarnecer con su indiferencia y con sus burlas mi cadáver.

¡Morir!... No es fácil morir cuando se quiere. Es preciso vivir; es necesario continuar peleando y sufriendo, porque la vida ya no es de uno; es, en el terreno personal, familiar, de los de uno, de aquellos que viven por uno; es, en el terreno humano, de todos los hombres; y más que de todos, de los que, como los trabajadores de la mina, padecen martirios sociales y piden ayuda y esperan que se les abra un porvenir...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO